

# LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

## NUESTRO PENSAMIENTO



**A**L dar á luz esta pequeña revista, ponemos nuestros ojos en el pueblo cristiano, tan necesitado siempre de instrucción y de doctrina y no menos en nuestros tiempos, vanamente llamados de las luces y del progreso. Y entendemos por pueblo no tan sólo la gente sencilla y humilde, sino también muchos que se tienen por sabios é ilustrados, pero que en materias religiosas suelen estar aún á menor altura que el pueblo cristiano, verificándose lo que dijo Jesucristo en el Evangelio hablando con su Eterno Padre: «Ocultaste estas cosas á los ojos de los sabios y prudentes y las manifestaste á los pequeños y humildes». Increíble es la ignorancia que hoy reina en todas partes de las verdades de la religión: en unos por desidia y abandono, efectos de su poca fe, y en otros por altanería y soberbia, porque se desdeñan de aprender esas cosas que tienen como de poca importancia y trascendencia. Se ha dicho siempre que la ignorancia es madre de todos los errores y extravíos, y esto se verifica de una manera especial en materias de religión. ¡Á cuántos extravíos no lleva á los hombres la ignorancia de las verdades cristianas! En unos debilita el fervor en los actos de piedad y devoción; en otros los hace tibios y flojos para el cumplimiento de la ley de Dios y que tengan en poco á su alma y á su salvación, y en muchos hasta les hace perder la fe, que es el principio de volverse á Dios aun en los más extraviados. Por eso es tan necesario difundir por todas partes y por todos los medios las luces de la religión, las verda-

des cristianas; que se extiendan por toda la tierra, que iluminen á todas las inteligencias y se llene el mundo del conocimiento de Dios y llegue á todos la buena nueva de la doctrina del santo Evangelio. Cumplamos la misión que nos encomendó Jesucristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura». Somos deudores, en expresión de San Pablo, de enseñar el reino de Dios á sabios é ignorantes. Hemos de predicar con toda paciencia y doctrina, oportuna é importunamente, de palabra y por escrito y con el ejemplo. Así nos crea el mundo como ministros de Cristo y dispensadores de sus misterios. Hoy que la prensa impía difunde por doquiera toda clase de errores y corrupción en periódicos, en revistas y en libros, es necesario hacerla frente y oponer periódicos á periódicos, revistas á revistas, libros á libros. No sean más prudentes los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz. Venzamos al mal con el bien. Estamos en posesión de la verdad, y la verdad triunfará. Á conseguir ese fin contribuiremos, con la ayuda de Dios, en la medida de nuestras fuerzas y en el campo de acción que nos hemos trazado, que es el siguiente:

La revista tendrá un carácter puramente religioso y se ordenará á fomentar la fe y la verdadera piedad y devoción en el pueblo.

Tratará también de extender y propagar nuestra Orden tercera y nuestras cofradías y asociaciones, aprobadas todas y recomendadas repetidas veces por la Iglesia y enriquecidas con innumerables indulgencias.

Tendrá una sección de apologética popular, en lenguaje que esté al alcance de todos, dedicada á rebatir en el pueblo los errores y sofismas contra la religión.

Se publicarán también artículos amenos y festivos, siempre con un fondo moral é instructivo.

También dará cabida á la cuestión social en su parte religiosa, acomodada á las necesidades del pueblo y de los obreros.

Se publicará, además, una sección de noticias que se escogerán de las más importantes y de interés general.

En tiempo oportuno se hará propaganda de la devoción á la milagrosa Virgen de la Peña de Francia y se dará á conocer el Santuario, que tenemos á nuestro cargo, y la cofradía de la Virgen establecida en él.

Se procurará que todos los trabajos estén escritos con unción y lleven la persuasión y convicción al alma. En ellos se expondrán los deberes cristianos y los fundamentos teológicos de la verdadera piedad y devoción y las prácticas piadosas más recomendables al cristiano. La doctrina se procurará exponer siempre en lenguaje claro y sencillo y que tenga gran fondo escriturario, inspirado en los Santos Padres y Doctores, en nuestro Angélico Maestro Santo Tomás y en las enseñanzas de la Iglesia.

Este es nuestro programa y nuestro ideal, que con la gracia de Dios nos proponemos realizar en esta revista. Con ello creemos hacer un servicio á Dios, á su Iglesia y al pueblo cristiano. Queremos aportar nuestro granito de arena al gran edificio de la restauración católica, enseñando á los ignorantes de buena fe, á los sencillos y humildes que deseen conocer la verdad. Á los sabios de este siglo Dios es quien los confunde ó ilumina según le place en sus altos é inescrutables juicios, como Él mismo lo dijo: «Confundiré la sabiduría de los sabios y reprobare la prudencia de los prudentes». Y en otro lugar dice el profeta David: «Bienaventurado, Señor, á quien tú instruyeres y le enseñares tu santa ley».

Titulamos nuestra revista LA VERDAD RELIGIOSA, que es la verdad divina de nuestra fe, de la que es depositaria y maestra nuestra Santa Madre la Iglesia. La verdad de Dios es eterna é inmutable. Jesucristo, que la vino á enseñar al mundo y que vive en su Iglesia, es el mismo ayer que hoy y lo será para siempre. Nosotros sembraremos la buena semilla de la divina palabra, que Dios la fecundice y haga que dé abundantes frutos de salud en las almas.

LA REDACCIÓN.

## LA VERDAD RELIGIOSA

---

**E**N cierta ocasión, *Cándido*, hombre del pueblo, imbuido en lecturas de periódicos irreligiosos é impíos, se presentó á un *Padre misionero* y después de saludarle, y sin más preámbulos, le dice:

*Cándido*.—Yo vengo aquí, Padre, á tratar con V. de la religión, porque he asistido á sus sermones, y veo que no conviene con mis ideas, que yo he leído en muchos periódicos y que he oído también en muchos mitins á señores que son muy sabios y que hablan con mucha autoridad. Bien deben saber lo que dicen, cuando escriben los periódicos y andan por los mitins enseñando á la gente ignorante. Ellos viven en las ciudades, donde se sabe tanto, que no hay cosa que ellos no sepan, y así hay que creerlos, porque en los pueblos no hay más que ignorancia y rusticidad.

*Padre Misionero*.—Poco á poco, hermano, con esos elogios que haces de tus periódicos y de esos señores, que se han metido á predicadores y predicán, no desde el púlpito de las iglesias, sino allá por esas plazas de toros y por esos teatros, cuando no en algún corral ó en alguna taberna. No es oro todo lo que reluce en ellos. Lo que hay es que abusan lastimosamente de la ignorancia y sencillez de la gente. Basta que anden bien vestidos, tengan arrogancia y desenvoltura en su porte y que hablen con desparpajo, para que el pueblo los escuche como á oráculos y á unos pozos de ciencia. Todo eso, amigo mío, no es más que fantasmagoría y engaño: no hay que fiarse de apariencias, ni hay que creer á esos nuevos apóstoles, á quienes no envió Jesucristo, ni recibieron el Espíritu Santo.

¿Sabes tú quiénes son los que escriben los periódicos?

Pues has de saber que por la mayor parte es gente moza y atolondrada que no han hecho carrera alguna, ni tienen oficio, y se han metido á escritores y periodistas para ganar la vida; y como toda la pasan perorando y escribiendo, salen unos escritores y unos oradores furiosos, capaces de llenar el mundo con sus periódicos y con sus discursos, pero como los pobrecitos no han estudiado, ni registran libros, todo lo que escriben y peroran no tiene una miga de sustancia y de meollo. ¿No ves á esos sacamuelas, que andan por los pueblos engañando á la gente con sus específicos, que charlan por los codos y se están todo el día hablando, sin que se les agote la materia? Pues hazte cuenta que poco más, ó poco menos, así son esos que escriben tus periódicos. Y no porque vivan en la ciudad son más sabios, sobre todo en materias de religión, si no preguntadles la doctrina y veréis cómo no la saben. Créeme, porque yo lo he visto muchas veces, que hoy se sabe mejor la doctrina en los pueblos que en las ciudades, en las que, así en los grandes, como en los pequeños, reina grande ignorancia de ella. En las ciudades se desdeñan de aprender el Catecismo, que es donde mejor se contiene la doctrina de la religión y donde todos, sabios é ignorantes, debemos aprenderla. En los pueblos aun se conserva el respeto al Catecismo, y hay interés por aprenderlo, y pocos son los que lo ignoran.

Pues dime ahora si esos señores que escriben en los periódicos, y peroran en los mitins y aun en las tabernas, de quienes tú tienes tan alta idea, y son en realidad lo que te he dicho, que ni aun saben el Catecismo de la doctrina cristiana, ¿qué caso debes hacer de sus predicaciones, ni de sus periódicos? ¿Qué autoridad pueden tener en cuestiones de religión; cuando ignoran la cartilla del cristiano? Ninguna: cualquiera vieja del pueblo les podría dar lecciones. Que aprendan, que aprendan primero esos señores el Catecismo antes de meterse en esas honduras que no entienden, y tú no seas tan crédulo para admitir como verdades de fe lo que

lees en los periódicos y oyes en los mitins y en los corrillos de *gente non sancta*, que ninguna misión tienen de la Iglesia para enseñar al pueblo cristiano las cosas de la religión; doctores tiene la Iglesia para proponer á sus fieles lo que han de creer y obrar.

*Cándido.*—Permítame, Padre. Yo no sé si esos señores saben ó no saben el Catecismo, aunque más me inclino á creer que no, pues muchas veces dicen y escriben unos disparates muy grandes contra lo que dice la doctrina; y creo que es porque no la saben, porque por otra parte ellos mismos dicen que son católicos y que aman mucho á la Iglesia, aunque practicar no practican, ni creen lo que manda el Catecismo que propone la Iglesia. Pero dejado esto á un lado, dígame, Padre, ¿qué interés pueden tener esos hombres para trabajar tanto escribiendo todos los días esos periódicos tan grandes, y corriendo de una parte á otra sin descanso, perorando siempre, y esto dicen que lo hacen únicamente para ilustrar al pueblo y sacarle de la ignorancia en que está? ¿Qué utilidad pueden sacar ellos de todo eso más que el bien de la gente?

*Padre misionero.*—Vayamos despacio, amigo Cándido, y veamos por partes lo que hay de verdad en lo que has dicho. Ante todo, que esos nuevos apóstoles no saben la doctrina, no cabe duda; cuando más, la habrán aprendido de niños, pero la han olvidado y se han inventado ellos una de nuevo cuño, que es la que os predicán, que no la de Jesucristo. Sobre lo que ellos confiesan que son católicos y que aman á la Iglesia, hay mucho que decir. Sus obras niegan lo que dicen sus palabras. ¿Cómo pueden ser católicos los que niegan las verdades católicas, las verdades de fe que enseña la Iglesia? Y aunque no las nieguen todas, aunque crean algunas, basta que nieguen una sola, en que no crean, para que no sean católicos ni hijos de la Iglesia; porque la misma razón hay para creer cada una de las verdades de fe que para todas ellas juntas, que es la autoridad de Dios que las ha re-

velado y la de nuestra santa Madre la Iglesia que las propone. Cuando dicen, pues, que son católicos y niegan alguna verdad de la fe, no los creáis, que no son católicos sino lobos rapaces que se visten con piel de oveja y vienen al rebaño para matarlo y destruirlo. De esos hallarás algunos que oyen misa, pero pocos son los que se confiesan, y á ninguno verás que sea devoto y fiel cristiano y que crea derechamente en la ley de Dios. Hacen, sí, algunas obras de cristianos para aparecer que lo son, pero someterse en todo á la Iglesia como hijos sumisos, eso no lo hacen nunca.

En cuanto al interés que esos señores dicen que se toman por el pueblo, es harina de otro costal. Viven esos señores en las ciudades, en grandes palacios, llenos de comodidades y riquezas, y ¿qué beneficios hacen al pueblo?, porque obras son amores y no buenas razones. Pero esto es largo de contar, quédese para otro día, que ahora tengo que estudiar el sermón, y me espera mucha gente en el confesonario. Piensa detenidamente en lo que te he dicho, y prepárate para escuchar lo mucho que me queda por decirte. Vaya, adiós Cándido, hasta mañana, y que Dios te ilumine.

*Cándido.*—Adiós, Padre, y dispense.

*(Continuará).*

---

## EL ESPIRITU SANTO SANTIFICADOR DE LAS ALMAS

---

**Y**A Jesús se había ido al cielo. Velo de profunda tristeza envolvía los corazones de sus amados discípulos. Aquella cándida nube, tan rica y dichosa, que le sirviera de escabel en su triunfante subida al Empíreo, habíase tornado en oscurísimo nubarrón, que le ocultaba á las miradas del Colegio Apostólico. Nada bastaba para consolar á aquella triste grey. Su divino Pastor se había ausentado y

con él todas sus alegrías y consuelos. La faz radiante de Jesús, cuya dulce mirada era bálsamo suavísimo que en un instante calmaba las amarguras más profundas, había desaparecido de sus ojos; ¡y quizás para siempre sobre la tierra!

Volverá, sí; lo había dicho el Ángel; pero ¿cuándo? Esto lo ignoraban, y en su infinita tristeza no creyeron por entonces que sería pronto. Estaban, pues, huérfanos, y como tales, sintiéronse solos, sin apoyo ni arrimo. El temor á los judíos, que tanto persiguieron á su Maestro, apoderóse de sus corazones, y como pajarillos, á quienes infausto azar dejó sin padres, huyen presurosos á su nido, así ellos abandonaron el monte de las Olivas, no sin mirar por última vez la estela luminosa que el paso de Jesús dejara en el cielo. Retiráronse á una casita de Jerusalén, y allí permanecieron todos unánimemente en oración acompañados de piadosas mujeres y de María, Madre de Jesús, y de sus parientes. (*Act.*, I, 14). Esperaban en este retiro la *virtud de lo alto*, el *nuevo Consolador*, que Jesús les había prometido. Él, en efecto, les había dicho: «En verdad os digo que os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá á vosotros; mas si me fuere, yo os lo enviaré... No se turbe vuestro corazón. Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré á mi Padre que os dé otro Consolador, el cual permanecerá con vosotros eternamente; este es el Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce; mas vosotros le conocéis y por eso os hará siempre compañía, y en vosotros mismos colocará El su morada». (*Joan XIV y XV*).

Fiados en tan consoladora promesa, diez días perseveraron los Apóstoles en oración y silencio, esperando su cumplimiento.



Estaba entonces Jerusalén de gala. Israelitas de todas las partes del mundo habían acudido á la ciudad santa á celebrar la fiesta de Pentecostés, ó sea el aniversario de la promulgación de la Ley mosáica hecha por Dios en medio de truenos y



relámpagos desde las cumbres del Sinaí. El día de la gran fiesta estaba próximamente en su mitad. En aquellos momentos sonó en el reloj de los destinos eternos la hora solemne en que Dios, según el vaticinio de los Profetas, había de promulgar una nueva Ley, no grabándola en tablas de piedra como la de Moisés, sino en la mente y en el corazón de los hombres, derramando sobre ellos la abundancia de su mismo Espíritu. «Era, dice San Lucas, el día de Pentecostés, y estando los Apóstoles y los discípulos del Señor en un mismo lugar, oyóse de repente un sonido del cielo, así como si soprase un viento muy fuerte, el cual llenó toda la casa en donde estaban congregados. Viéronse entonces distintas lenguas como de fuego, las cuales se posaron sobre cada uno de ellos, y fueron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversos idiomas según el Espíritu les inspiraba. Pronto se corrió por Jerusalén la voz de lo que pasaba; y las personas religiosas, que de todas las naciones habían acudido, vinieron á ver el prodigio, quedando todos confusos sin saber qué decirse, porque cada uno oía en su propia lengua lo que ellos hablaban». (*Act.*, II, 26). Jesús, pues, había cumplido su promesa, y los Apóstoles comprendieron entonces perfectamente el sentido misterioso de aquellas sus dulces palabras: «No os dejaré huérfanos: vendré á vosotros, y alegrarse ha vuestro corazón. Yo rogaré á mi Padre, y Él os enviará un nuevo Consolador, el Espíritu de verdad, el cual os enseñará y os hará entender todo lo que Yo os dijere» (*Joan.*, XIV). Así fué, en efecto; y los consuelos suavísimos, las luces extraordinarias y el conjunto inefable de carismas que el divino Espíritu infundió en sus almas, confirmaron plenamente las palabras de Jesús. ¿Quién podrá comprender y explicar los misterios que el Espíritu Santo obró en este día en los corazones de los Apóstoles? Cosas son estas que exceden la humana comprensión, como la sobrepujan de ordinario las maravillas de la gracia.

Baste saber al alma cristiana que fueron trocados en hombres completamente nuevos, y de tímidas palomas en valien-

tes pregoneros de las grandezas de Jesús en presencia de aquella Jerusalén, que poco há lo había visto morir en un infame patíbulo. Del divino Paráclito recibieron los consuelos, que en abundancia derramaron sobre la infinidad de almas, que dieron oídos á sus palabras; de Él la fortaleza con que vencieron la crueldad de los más fieros tiranos; de Él la caridad con que abasaron al mundo, convirtieron á los hombres y sometieron los espíritus á Dios. El cual comenzó este día á reinar de nuevo y extraordinario modo sobre la tierra; puesto que en medio de ella colocó su trono y convocó en torno suyo á todos los hombres, llamándolos con un nombre nuevo, con el nombre de *hijos*. Porque ya no somos siervos como antes, sino verdaderos *hijos de Dios*. Así lo dice claramente San Pablo: «Todos sois hijos de Dios mediante la fe en Jesucristo, y por eso envió Él su Espíritu á vuestros corazones, el cual clama sin cesar: Padre» (Gal. III y IV). Y San Juan: «Mirad con qué caridad nos amó el Padre, pues nos llamamos y somos verdaderamente hijos de Dios. ¡Carísimos! Ahora somos en toda verdad hijos de Dios» (Joan. I.<sup>a</sup>, c. III, v. 1-2). Entonces se realizó en cierto modo aquella maravillosa visión del Profeta de Patmos: «Ví, dice él, la santa ciudad de Jerusalén nueva, que bajaba del cielo, preparada como una esposa adornada para su marido. Y oí una gran voz que decía: He ahí el templo de Dios que está con los hombres y habitará en medio de ellos. Ellos serán su pueblo de Él, y Dios mismo en medio de ellos será su Dios» (Apocalipsis XXI, 2-3). Desde este día el mundo entero, renovado por el Espíritu del Señor, comenzó á ser de manera nueva y nunca vista, incolumbrada por el humano pensar, templo de Dios y morada suya, en donde Él tiene sus complacencias. Nunca como entonces tuvo cabal cumplimiento esta estupenda afirmación del Amor divino: «Tengo mis delicias en morar con los hijos de los hombres». *Deliciae mae esse cum filiis hominum!*

El aniversario de este extraordinario suceso lo celebra todos los años la Iglesia con gran pompa y majestad. Con esto quiere darnos á entender su trascendencia y excepcional importancia para la vida cristiana; é invítanos al mismo tiempo á su meditación. Es un misterio éste muy dulce de considerar. Paremos en él un rato nuestro pensamiento.

La obra de Jesús habíase ya terminado en la cima del Gólgota. Su misión *personal* se consumó con su muerte. Aquel doloroso *consumatum est*, que pronunció momentos antes de expirar, fué el broche de oro de su gran obra. Así lo decía Él mismo la noche anterior á su muerte: «¡Padre mío!, exclamó, levantando los ojos al cielo, es llegada mi hora: clarifica á tu Hijo, para que Él te clarifique á Tí. Yo te he glorificado sobre la tierra, y ya he llevado á cabo la obra que me mandaste hacer. Ahora sólo resta que Tú, Padre mío, me clarifiques con la claridad de que gozaba antes que existiese el mundo en el seno de tu inmensidad» (Joan. XVI).

Con todo, la obra gloriosa de la redención del humano linaje no estaba acabada todavía. Puede decirse con toda verdad que entonces precisamente comenzaba á producir sus frutos. La obra á que se refería Jesús era, en efecto, nuestra redención; y ésta por parte de Él era ciertamente consumada, mas no por parte nuestra. Era menester para esto que todos los misterios que en su vida santísima, desde la cuna al sepulcro, se habían realizado, se verificasen á su vez en cada uno de nosotros. Para que la redención sea un hecho en toda su perfección, una realidad viva y vivificadora para cada individuo, es necesario que cada alma la participe en sí misma, mediante una continúa y progresiva transformación de todo su sér y obrar en Cristo. Entonces y sólo entonces se puede decir que la obra salvadora de Jesús se consuma en las almas, cuando éstas se transforman en el divino modelo, que las redimió para que á Él se hiciesen semejantes. Esta obra maravillosa y aun más grande que la primera, puesto caso que es fin objeto principal de ella, es propia del Espíritu Santo. Así nos lo dió á entender el mismo Salvador por

estas palabras; «¡Padre mío!... santifícalos en la verdad: Yo me santifico á mí á fin de que ellos sean santificados en la verdad (*Joan. XVII*). El autor de esta santificación en la verdad no es otro que el divino Espíritu, que es llamado por Jesús en cada página del Evangelio: *Spiritus veritatis*, Espíritu de verdad; y San Pedro llámale Espíritu de Santificación.

(Continuará).

---

## Á LOS COFRADES

DE

## NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA

---

**C**UÁNTAS veces, paseando agitado ante la derruída hospedería de Nuestra Señora de la Peña de Francia, llena de recuerdos y de historia, ó bien tendido sobre el césped del «Campo de San Andrés», mientras el sol moribundo, casi oscurecido por las densas brumas de la tarde, me enviaba sus últimos rayos, proyectando mi perfil sobre las sierras bejaranas, y al fin, sobre el azul inmenso, tendí con ansiedad mi vista escudriñadora sobre esta hermosa tierra salmantina! Divisaba á lo lejos las torres de la ciudad..., de la ciudad grande, de la ciudad sabia, de la ciudad gloriosa. Y en la restante extensión del horizonte, perdidos entre los oscuros manchones de las dehesas y los manchones grises de la tierra laborada, millares y millares de pueblecillos, felices algún día, felices en mis ardientes deseos. ., todo desvanecido y apagado por las leves sombras del crepúsculo.

Mas la visión interior, la visión forjada por el amor y el sentimiento, iba con creciente fuerza haciendo más pronun-

ciados sus relieves y sus contornos más claros. Una región oprimida, un pueblo que, sin pretenderlo él mismo, porque el sufrimiento es ley de su naturaleza vigorosa, presenta de cuándo en cuándo, sobre su tostado rostro, signos de dolor profundo con sus emigraciones dolorosas, y su misma inactividad, y su estéril individualismo y sus rutinarios recelos ante problemas de la mayor trascendencia, sin ansias sinceras de regeneración, sin ideales. ¡Cuántas cosas podría decir aquí, si no estuvieran contadas mis cuartillas, acaso bien distintas de las que suelen repetirse á diario!

Los ideales levantados levantan y vigorizan; los puntos de contacto en el pensamiento, en el ideal, en el amor, son principio y causa de aproximación y de unidad; y la unidad es causa productora de energías y grandezas. Entre los pueblos salvajes y los pueblos más civilizados hay una serie infinita de gradaciones contenidas entre los dos términos: el salvaje se define por un *mínimum* de relaciones sociales; el hombre civilizado es aquel en que los lazos sociales adquieren más complejidad y mayor fuerza.

Así pensé en vosotros, cofrades de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Sóis una gran multitud, sóis una gran sociedad compuesta de más de tres mil familias. Y acaso lo único que necesitáis es fortificar algo más este lacito espiritual que os une. Un libro donde están escritos vuestros nombres en amistosa confusión cristiana; un ideal amor, santificador y dulce compañero de todo otro amor legítimo; un refugio espiritual, callado asilo contra las grandes tormentas, contra los grandes conflictos y pesares; un centro de atracción simpática, allá perdido entre las nubes alzándose vigoroso hacia el cielo, de reunión festiva y cordial en señalados días y de constante invitación, cariñosa y hospitalaria, á las calladas resurrecciones de la conciencia con gérmenes de vida santa y fecunda y frutos ya sabrosos de celestiales delicias... todo esto lo tenéis ya de algún modo y debéis tenerlo más cada día. De entre los escombros y las ruinas va resurgiendo poco á poco el celebérrimo Santuario. En estas amables pá-

ginas, que desde hoy en adelante, una vez al mes, por lo menos, llegarán á vuestras manos, hallaréis también algo de lo que necesitábais. Lo que de aquí después irá surgiendo, sólo Dios lo sabe. ¡Tántas cosas buenas van cruzando como por un profético vislumbre ante la imaginación atónica y ferviente!

Vivificar y reorganizar la cofradía, escribir la historia gloriosísima de los siglos que pasaron, lo mismo que la historia actual, la que á nuestros mismos ojos cada día se desarrolla, despertar apagados sentimientos y hacer que á las celestiales vibraciones de la Virgen Morenita de nuestras Sierras responda un eco infinito como las olas del mar, que repercute poderoso en todo corazón castellano, como en Cataluña Monserrat, en Asturias Covadonga y Begoña en las Vascongadas, focos de próspera vida, es sin duda lo primero. Querer hacerlo todo de una vez es imposible. De lo que se vaya haciendo poco ó mucho, hallaréis sin falta en las escasas páginas de esta revista humilde un boletín comprimido.

El 19 de Mayo, día en que, Dios mediante, se han de imprimir estas cuartillas, es el 474 aniversario de la aparición de la sagrada imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Mas como en aquel año bendito del descubrimiento cayó el segundo día de Pascua de Pentecostés en ese mismo día 19, se tomó para su conmemoración y para celebrar su fiesta en el Santuario, no el día 19 fijamente, sino el día segundo de Pentecostés, sea cualquiera el día del mes á que corresponda. Este año cae el 31 de Mayo, y ese día es la primera fiesta del verano, que se celebra con misa cantada y sermón en el Santuario de la Peña. Desde este día hasta pasada la fiesta del Rosario, en Octubre, hay constante culto y confesores dominicos en el Santuario.

Con estas mis primeras cuartillas, llenas de ensueños y esperanzas, recibid también, devotos cofrades de María, un afectuoso saludo y una ferviente oración, que ante el trono de nuestra Reina por todos vosotros ofrezco.

FR. A. G.

## SECCIÓN DE NOTICIAS

---

**Beatificación de Juana de Arco.**—El 18 del pasado Abril fué beatificada solemnemente la ilustre heroína Juana de Arco. Con tal motivo, el gozo y la alegría hinchen los corazones de toda la cristiandad, y de manera muy particular, los corazones de las personas pobres y humildes, por haber pertenecido á su clase la que acaba de ser elevada á los altares por Pío X. Era la Beata Juana hija de unos pobres labradores que vivían en situación próxima á la indigencia «En su niñez, dice un biógrafo, aprendió el *Padre Nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, á coser y á hilar, y en ocasiones guardaba los ganados de su padre y los del pueblo». Pero Dios, que se complace en ensalzar á los humildes y en abatir á los soberbios, destinó á Juana para libertadora de su patria, Francia. A pesar de ser una niña, y pobre, El la dotó de un valor y de tales conocimientos militares, que para sí desearían los más afamados guerreros. Y ella, dócil á las inspiraciones del cielo, llevó á feliz término la misión que Dios la confiara, conduciendo el ejército, que, en calidad de general mandaba, á la victoria, conquistada varias veces á costa de su sangre. Habiendo en una batalla caído prisionera, los protestantes ingleses, cometiendo mil injusticias, la quemaron viva, después de haberla hecho padecer verdaderos horrores en la cárcel. Fué martirizada el 31 de Mayo de 1471. En su martirio fué asistida por su confesor, el dominico Fr. Martín L'Advenu, que con el alma transida de dolor ofrecía á la ilustre víctima la enseña sacrosanta de nuestra religión para comunicarla valor en tan apurado trance. Las fiestas de su beatificación han revestido gran pompa. La Basílica del Vaticano se hallaba adornada con esplendidez é iluminada por miles de lámparas eléctricas; asistió el colegio de Cardenales, Prelados y Corte pontificia en pleno, y más de 50.000 fieles, en su mayoría franceses, á quienes Su Santidad bendijo con el Santísimo. Pidamos á la *nueva Beata* protección para la desventurada nación en que nació.

**Un nuevo Beato dominico.**—El día 2 de este mes ha sido beatificado

por S. S. Pío X el religioso dominico V. P. Fr. Francisco de Capillas, protomártir de China. Nació este ilustre dominico en un pueblo de la provincia de Palencia. Después de haber sido modelo de jóvenes estudiantes en la celeberrima Universidad palentina, ingresó en la Orden de Predicadores, tomando el hábito en el histórico convento de San Pablo, de Valladolid. Abrasado por el celo de la salvación de las almas, pidió y obtuvo licencia para pasar á las islas Filipinas, á evangelizar aquellos países salvajes. Pasó después á China, en donde trabajó infatigablemente en la propagación del Evangelio; y después de haber sufrido mucho en su santo ministerio, mereció del cielo la dicha de sellar con su sangre la verdad que predicaba. Tuvo lugar su martirio el día 15 de Enero de 1648. España, la Orden de Predicadores y la Iglesia entera se hallan de enhorabuena.

—En Sestao ha sido bautizado, á la edad de 14 años, un joven, hijo del famoso anarquista Manuel Escudero, convertido no hace mucho al catolicismo.

—También en Zafra (Badajoz) ha sido bautizado con gran solemnidad un joven de 24 años, convertido del calvinismo.

—El Ilmo. Sr. Obispo de Jaca ha dado una serie de conferencias en favor de la buena prensa, indicando los deberes que todo católico tiene de favorecerla, y llamando *cobardes é imbéciles* á los católicos que compran periódicos de la mala prensa. Ciertamente, esos calificativos merecen.

—S. S. Pío X ha preconizado para Arzobispo de Toledo al eminentísimo Cardenal Aguirre, religioso franciscano, y actualmente Arzobispo de Burgos, y para la vacante que éste deja, al Ilmo. Sr. Obispo de Lugo.

—El primer domingo del mes de Mayo se celebra con gran solemnidad en todas las iglesias de los Dominicos la simpática fiesta de las rosas, recientemente concedida por S. S. Pío X á los Dominicos de Castilla.

—El día 29 de este mes saldrán para la Peña de Francia algunos religiosos de este convento, para celebrar la fiesta de Pentecostés, quedando después en dicho Santuario durante todo el verano, para fomentar el culto y la devoción á la Virgen.

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.